

VÁZQUEZ GESTAL, Pablo, *Una Nueva Majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)*, Madrid, Fundación de Municipios Pablo de Olavide-Marcial Pons Historia, 2013, 407 págs., ISBN: 978-84-92820-79-5.

Los estudios sobre la construcción de la majestad y de la identidad soberana han tenido una gran revitalización desde la segunda mitad del siglo pasado. La obra fundamental en este punto fue *The King's two bodies* de Kantorowicz (publicada en 1957), que a partir del análisis de la teología política (o la política teológica si preferimos), de la liturgia, de las imágenes y de diversas disputas materiales, estudiaba la formulación de la doble naturaleza del rey, como sujeto físico que moría y como cuerpo espiritual y trascendente en el que se plasmaba el oficio de la majestad. Desde el ámbito de la literatura, al inicio de la década de 1980, Jean-Marie Apostolides, en su *Le roi-machine: politique et spectacle au temps de Louis XIV* (París 1981), retomaba la idea del doble cuerpo del rey de Kantorowicz para estudiar el sistema simbólico de la monarquía de Luis XIV organizado a partir de dichos cuerpos del rey. El espectáculo devenía, entonces, en un elemento articulador de la sociedad puesto que, mediante alegorías, liturgias, comedias y diversas presentaciones de la soberanía, se marcaban las inclusiones y exclusiones de la sociedad política de la Francia moderna.

En los últimos treinta años, los estudios de la corte y, dentro de ellos, los centrados en el ceremonial, han ahondado en el tema de la creación de la majestad. En este sentido, trabajos como el de Ralph Giesey, *Cérémonial et puissance souveraine. France XVe-XVIIe siècles* (París 1987), quien a partir del análisis de los cuatro grandes rituels d'État (funerales, coronación –y sacre–, entradas y lit de justice) abordaba la continuidad y perpetuidad de la realeza, contemplando al mismo tiempo las modificaciones que en la identidad de la misma se configuraron durante el reinado de Luis XIV y la conformación de una estructurada y reglamentada sociedad cortesana entorno a este monarca. Posteriormente, trabajos como los de Peter Burke (*The fabrication of Louis XIV*, 1992), Maria Antonietta Visceglia (*Cérémonies et Rituels à Rome XVIe-XIX siècles*, 1997, junto con Catherine Brice, y *Riti di corte e simboli della regalità*, 2009), John Adamson (*The princely court of Europe. Rituals, Politics and Culture under the Ancien Regime*, 1999) y Jeroen Duindam (*Vienna and Versailles. The Courts of Europe's Major Dynastic Rivals*, 2000), han profundizado en las diversas formas de construcción de la majestad en diferentes escenarios europeos. Dentro de la historiografía española, desde parámetros culturales no siempre centrados en el ceremonial, la figura fundamental en el estudio de la creación de la majestad, sus imágenes y sus mitos es Fernando Bouza (“La majestad de Felipe II: Construcción de un mito Real”, 1994; *Imagen y propaganda*, 1998 y *Palabra e imagen en la Corte*, 2003).

La presente obra de Pablo Vázquez Gestal se encuadra en este contexto historiográfico descrito someramente. Su autor tiene el objetivo de estudiar y comprender los cambios en la identidad regia que se produjeron durante el reinado de Felipe V, así como los actores y mecanismos de los mismos. Las visiones que podríamos considerar casi como canónicas sobre la corte de Felipe V la fijó uno de los principales memorialistas franceses del siglo XVIII: el duque de Saint-Simon. A partir de ellas y otros documentos diplomáticos, la monumental obra de Baudrillart estableció el papel desempeñado por el rey en el ejercicio de la soberanía, tanto fuese en el convulso

contexto de la guerra de Sucesión como en el momento de su abdicación al trono. Hubo que esperar hasta 1963, con la publicación en francés de la tesis de Yves Bottineau (hasta 1986 para su traducción al español) para contemplar una nueva revisión de la corte y la cultura cortesana del primer Borbón español, así como para cuestionar los influjos culturales extranjeros y el peso de las distintas naciones en la corte de Felipe V. Fueron, sin embargo, los trabajos de Carlos Gómez-Centurión, director de tesis de Vázquez Gestal, los que mejor habían abordado la problemática del ceremonial en las casas reales y la corte de Felipe V y los cambios que en ella se habían producido, aunque desafortunadamente no tuvo la oportunidad de legarnos una monografía sobre el tema. *Una nueva majestad* es, por consiguiente, un fundamental trabajo que está llamado a cubrir este vacío historiográfico en el reinado de Felipe V.

A partir de la utilización de una profusa y abundantísima bibliografía, así como de fuentes impresas de la época tales como los memorialistas franceses, diversas correspondencias publicadas, la *Gaceta de Madrid*, panegíricos de Felipe V e Isabel de Farnesio y algunas fuentes archivísticas (entre las que destacan, por su significancia, las napolitanas), Pablo Vázquez Gestal analiza las mutaciones en el ceremonial y los espacios de la corte y busca con ello comprender las transformaciones en la identidad de la monarquía. Para emprender esta labor, divide su obra en cuatro capítulos a los que añade una extensa introducción y unas conclusiones.

En consonancia con otros trabajos del autor acerca de la historiografía cortesana, en la introducción alude a los giros historiográficos de los últimos treinta años con la irrupción de los *Court Studies* y la nueva historia política, a los que añade una breve reflexión para conceptualizar la identidad y abordar los problemas que conlleva estudiar la identidad en la Edad Moderna. Resulta sumamente importante comprender la conceptualización que el autor realiza de la identidad y las perspectivas analíticas que propone puesto que este concepto (identidad regia-identidad de la monarquía) es nodal en su investigación. Parte de una definición muy amplia, aunque operativa de la identidad (p. 43), para luego ir complejizando la materia. Para ello, Vázquez Gestal hace hincapié en la naturaleza creativa y el carácter *performativo* de la identidad, sobre todo la regia (pp. 44-45), para luego insistir en la necesidad de profundizar en los procesos de cambio de la misma. En este sentido, la obra se centra en tres momentos de cambio: 1700-01 con la entronización de Felipe V, 1714 con su segundo matrimonio con Isabel de Farnesio y la importancia de ésta en las modificaciones de la majestad y, por último, en la abdicación de Felipe V y su vuelta al trono en 1724. El análisis finaliza prácticamente en esa fecha, a pesar de que la cronología se postergue hasta 1729, momento de un nuevo cambio, acaecido con el traslado de la familia real a Sevilla.

El contexto de 1700 y 1701 con la llegada a Madrid de Felipe V es estudiado en el primero de los capítulos. Comenzando por un análisis de la historiografía sobre el personaje y su reinado, seguidamente se profundiza sobre la formación recibida por Felipe V como duque de Anjou en Versalles. De esta forma, se consigue presentar la disyuntiva ceremonial e *identitaria* que tenía Felipe V al llegar a Madrid: era heredero de dos tradiciones dinásticas, una por sangre (la borbónica) y otra por derecho (las habsbúrgica). Manteniendo la imagen establecida por Bottineau de que Felipe V tuvo una deficitaria formación que no estaba encaminada al ejercicio del oficio regio,

Vázquez Gestal estudia someramente la composición espacial de la corte de Versalles y el papel secundario que tenía en la escenografía del poder el duque de Anjou. La descripción de este escenario político es la que permite comprender las mutaciones y transformaciones que desde el viaje a Madrid se comenzaron a realizar en el ceremonial de la monarquía y las normas de acceso al monarca. Aconsejado por servidores franceses, Felipe V fue introduciendo tradiciones de ambas dinastías, al tiempo que “traicionaba” ambas para construir una nueva identidad. Así, Harcourt y Louville insistían en priorizar los actos públicos, como las comidas, aunque siempre adaptados a las etiquetas españolas, como también lo fue la ceremonia del vestirse el rey. Esta idea de prudencia política, ya expuesta por Gómez-Centurión, es transversal a todo el análisis de este capítulo, incluso reforzada en la explicación de la importancia de las celebraciones religiosas realizadas desde que Felipe V había cruzado la frontera. Según Vázquez Gestal, al llegar Felipe V a Madrid, en febrero de 1701, a pesar de que la entrada pública fuese el 14 de abril de dicho año, “el triunfo de la majestad de Felipe V parecía logrado” (p. 95), puesto que se había conseguido una continuidad dinástica, esto es, que los Grandes asumieran a Felipe V como su rey, al tiempo que el joven monarca había adquirido las funciones propias del oficio de rey.

A pesar del asentamiento de la majestad, los problemas surgidos durante la guerra de Sucesión en el ejercicio de la soberanía (y aparte de los lógicos contratiempos bélicos), devinieron por la propia personalidad del monarca y por la preocupación que existía por controlar el excesivo poder que la Grandeza había tenido durante el reinado de Carlos II. Con este objetivo de estudio, el capítulo II se inicia con una reflexión acerca de las inclinaciones personales del monarca durante su jornada a Italia de 1702. Introduciendo las visiones que se ofrecían en algunos tratados sobre los “vapores”, Vázquez Gestal, al igual que hicieran Seco Serrano o Kamen, insiste en observar estos episodios como problemas de melancolía que no incapacitaban al monarca para reinar, pero que sí dificultan la plenitud del ejercicio de su soberanía. Con todo, lo que la jornada a Italia de 1702 puso de relieve fue que Felipe V no estaba dispuesto a permitir que sus obligaciones ceremoniales guiaran toda su vida (o, como posteriormente sostiene el autor, “ejercer autónomamente su identidad de rey”, p. 194). Este es el hilo conductor de la presente obra: comprender qué cambios se ejercieron en el ceremonial y cómo Isabel de Farnesio los profundizó en pos de que Felipe V rompiera con el tradicional ejercicio de la majestad, según el cual, el cuerpo físico del monarca tenía que cumplir con una ceremonial vida para asimilarlo con el cuerpo místico. Esta ruptura es la que explica que el autor acabe formulando la idea de la creación de un espacio privado dentro de la vida cortesana de los monarcas.

En la segunda parte de este capítulo se aborda la configuración de la corte de Felipe tras su vuelta de Italia en 1703. Ante la incapacidad de Felipe V para ejercer por sí mismo la soberanía, unido a la intención de Luis XIV de controlar el poder y ascendiente que los Grandes tenían en la corte hispana, el Rey-Sol se valió de dos elementos principalmente para la persona de su nieto: los embajadores y la princesa de los Ursinos, a quienes habría que sumar un tercer elemento considerado de menor relevancia política, como son los confesores regios. Incidiendo, como hiciera en su tesis doctoral Catherine Désos, en las disputas en el seno de la familia francesa en la corte madrileña, Vázquez Gestal alude a la privilegiada posición de la princesa de los

Ursinos, sobre todo tras su vuelta a la corte en 1705 y su alianza con el embajador en aquella época, Amelot. Recordando a la idea de la circulación triangular del poder entre Luis XIV, la Ursinos y Amelot para controlar el gobierno de la corte madrileña, expuesta por Bernardo Ares, el autor alude a la princesa de los Ursinos como quien ejerció la privanza en la corte de Felipe V, al monopolizar su tiempo, su persona y hacer uso intencionado del ceremonial, al igual que habían hecho los Grandes durante el reinado de Carlos II, para controlar la gracia regia. Tras estudiar las fidelidades nobiliarias en la corte hasta 1714, tanto fuesen españoles, como también la integración de una importante comunidad italiana, previa a la llegada de Isabel de Farnesio, Vázquez Gestal menciona los cambios producidos en los cargos, pero no en las estructuras de las casas reales, con el fin de profundizar en el control y modificaciones del ceremonial y de las normas de acceso al monarca llevadas a cabo hasta 1714.

El año de 1714 marcó una cesura fundamental en la corte de Felipe V, según la interpretación de Vázquez Gestal. Esta ruptura o cambio de gran relevancia fue debido al segundo matrimonio del monarca con Isabel de Farnesio. A partir de esa fecha, el control del ceremonial y la vida del monarca ejercido por la princesa de los Ursinos y tras su expulsión de España en Jadraque, pasó a desempeñarlo la nueva reina Farnesio. Tras una crítica revisión historiográfica de la figura de Isabel de Farnesio, cuya negativa imagen, basada en la intriga y la ambición (p. 182), se creó desde los primeros momentos que ocupó el trono hispano, pero sobre todo durante el “segundo” reinado de Felipe V, a partir de publicaciones como *El Duende Crítico*, el autor profundiza en la formación recibida por Isabel de Farnesio, quien era una presumible heredera de los ducados de Parma y Piacenza y posiblemente también del Gran Ducado de Toscana. Esta formación coadyuva a entender que al llegar la soberana tuviese capacidad para monopolizar el tiempo y el espacio del monarca, asumiendo tareas de gobierno e introduciendo, al mismo tiempo a sus clientelas, como José Patiño, en puestos cada vez más relevantes de gobierno. En paralelo a esto, en su casa se introdujeron importantes nobles españoles, como el marqués de Santa Cruz, la condesa de Altamira (en sustitución de la princesa de los Ursinos como camarera mayor) o María Antonio Salcedo Chávarri, al igual que algunos nobles italianos como el príncipe de Cellamare. Según el autor, el triunfo del control de los espacios cortesanos y del gobierno de la monarquía devino cuando la reina fue nombrada gobernadora en 1717, hecho que se iba a repetir en 1727 (p. 226). Sin embargo, el hecho de ser nombrada la reina como gobernadora no era novedoso, puesto que, aunque en diferentes circunstancias, la primera mujer de Felipe V, María Luisa Gabriela de Saboya, también lo había sido. La novedad radica, como se puede traslucir de la obra de Vázquez Gestal, en la relación entre Felipe V e Isabel de Farnesio y cómo esta relación conlleva que no fuese cuestionable para el monarca que la reina desempeñase las funciones propias de su oficio sin necesidad de tener ninguna junta que la asesorase. Por último, el autor concluye analizando la importancia de los cambios en los sentimientos y el mundo afectivo de la soberana. Los cambios en el mundo afectivo presentaban, a su vez, una relevante consecuencia política, la función de la reina no era, exclusivamente, la de procrear, sino también el gobierno, por lo que los espacios afectivos se fueron privatizando.

En el último de los capítulos, Vázquez Gestal profundiza el análisis de lo que él denomina como la privatización de los espacios cortesanos desde 1714. En este proceso, como se ha mencionado, resultó de vital importancia la figura de la reina Isabel de Farnesio, quien compartía todos los momentos con el monarca, controlaba sus tiempos y devino en su principal apoyo afectivo. En este proceso de transformación de la identidad de la majestad cobraron relevancia las preocupaciones religiosas de Felipe V, pero no tanto como monarca, sino como Felipe de Anjou, como persona física. Su educación religiosa, intimista y devota, es la que está en el origen de su proyecto de abdicación firmado por primera vez el 27 de julio de 1720 y renovado cada año hasta la definitiva abdicación el 10 de enero de 1724. Como indica Vázquez Gestal, quienes lo firman son las personas de Isabel y Felipe y no los reyes de España (p. 274). Esta devoción religiosa se plasmó también, como ha subrayado Nicolás Morales, en las celebraciones de la real capilla, en las que se percibe un descenso de las prácticas públicas en la misma. Incluso, esta piedad se concretó en la arquitectura de La Granja, donde prima la capilla e ideada como lugar para un retiro espiritual (en este punto, resultan de interés las reconstrucciones aportadas en las pp. 287 y 290-293).

Como obra centrada en las figuras de Felipe V e Isabel de Farnesio se comprende el título del apartado: “El fin de la retórica mayestática y la vida eremítica en San Ildefonso”, siempre que no olvidemos que la retórica mayestática, por utilizar los mismos términos del autor, se mantuvo durante el breve reinado de Luis I. Así, Vázquez Gestal entiende que el retiro de Felipe e Isabel en La Granja, donde se indicaba que no iba a existir norma de ceremonial y el servicio, auspiciado por Grimaldo, iba a estar compuesto por un reducido número de personas de la máxima y más próxima confianzas de los dos soberanos, supuso el término de un proceso de transformación del ceremonial cortesano. Al mismo tiempo, en Madrid, de la mano del sumiller de corps del joven rey Luis I, se iniciaba todo un proceso de recuperación de las antiguas etiquetas y ceremonial de la corte de Carlos II. Sin embargo, ambos procesos se vieron trastocados y truncados por la repentina muerte del rey el 31 de agosto de 1724 y la vuelta al trono, a los pocos días, de Felipe V, gracias a la labor de su mujer, Isabel de Farnesio, pero también a la orden que el nuncio pontificio le da al confesor regio, el padre Bermúdez, para aliviar los problemas de conciencia que presentaba Felipe V.

En conclusión, *Una nueva majestad. Felipe V, Isabel de Farnesio y la identidad de la monarquía (1700-1729)* se presenta en la historiografía española con la vocación de cubrir un hueco historiográfico, tanto por la falta de estudios monográficos como por el reciente fallecimiento del mayor especialista en la materia: Carlos Gómez-Centurión. De un profuso estudio de cómo los comportamientos y actitudes de los soberanos modifican las normas, la obra se presenta, a mi modo de entender, con dos partes un poco desiguales, en la que los dos últimos capítulos (parte II de la obra) tienen mayor novedad historiográfica y profundidad analítica. Como doctorando que fue de Gómez-Centurión, Vázquez Gestal recupera algunas de las propuestas interpretativas de éste para profundizarlas y abrir así nuevas vías de estudio sobre las prácticas de la majestad.

Marcelo LUZZI TRAFICANTE  
Universidad Autónoma de Madrid-IULCE